

# 1

*Viernes negro, 2012*

*Tyler, Texas*

—Como te vuelva a ver comiéndote a mi suegra con los ojos, voy a vomitar.

Caleb Edgington arrancó la mirada del hermoso trasero de Carlotta Buckley, resaltado por una falda tubo negra, y se volvió hacia su hijo mayor, Hunter, al tiempo que se cruzaba de brazos.

—¿No he tenido que ver yo cómo babeas por Kata? No te olvides que pasasteis unos días en mi casa poco después de casaros. ¿Quieres que te cuente lo poco que me dejasteis dormir con vuestros gemidos? Se os oía a través de las paredes.

Hunter se limitó a sonreír sin parecer ni un poco arrepentido.

Caleb puso los ojos en blanco y lanzó otra mirada al objeto de su deseo mientras ella y su hija, la mujer de Hunter, se perdían por el pasillo del restaurante, hacia al cuarto de baño de señoras.

«¡Maldición!». El culo de Carlotta le hacía la boca agua.

—¿Acaso piensas que el deseo es algo que tenéis acaparado los recién casados? ¿Los más jóvenes?

—Pues no. Y si te digo que voy a vomitar es porque llevas dos años mirándole el culo y todavía no has logrado más que ¿dos citas?

Una llamarada atravesó su cuerpo, en parte alimentada por la ira que provocaban las palabras de Hunter y en parte por el recuerdo de lo ocurrido la segunda vez que salió con ella. Sí, dos citas en dos años, y un beso que fue puro erotismo como punto final de la última.

Puso la mano encima del móvil que había dejado sobre el mantel a cuadros y jugueteó con él mientras buscaba las palabras.

—Carlotta me tiene miedo.

La burlona sonrisa de Hunter desapareció al instante.

—Creía que ese tema ya se había solucionado.

—Sí, mientras no vayamos más allá de la amistad. —Caleb frunció los labios con irritación—. Decirle desde el principio que quería tener una relación más profunda fue un grave error por mi parte. Desde entonces me ha evitado como a la peste.

—Después de conocer a su ex, Gordon, no puedo decir que me sorprenda que se muestre tan renuente a comenzar una nueva relación.

—¡Joder! ¡Yo no soy como él! —Y si Hunter pensaba que sí, todavía estaba en buena forma y podía darle una buena patada en el culo.

—¡No, por Dios! No sois ni parecidos. —Hunter frunció el ceño—. Lo que quiero decir es que a ella... A ella le asustan los hombres fuertes y autoritarios. Vamos a ver, papá, ¿de dónde crees que sacamos Logan y yo nuestras inclinaciones como dominantes? Aunque tú nos enseñaste a respetar a las mujeres y Gordon, asqueroso capullo, la trataba como si fuera basura. Le decía qué debía hacer, cómo y cuándo hacerlo... Cuando le caducó el carnet de conducir, se negó a que lo renovara. Cuando Carlotta se hizo daño en el tobillo, no la llevó a rehabilitación, y tuvo que seguir ocupándose de todas las tareas domésticas como si nada. La convenció para que renunciara a su trabajo. La separó de sus amigos, del mundo exterior. Recuerda que ni siquiera se molestó en llevarla al médico cuando tuvo la neumonía y se limitó a decir que eran simples alergias primaverales. Si quieres mi opinión, creo que lo que le da miedo es permitir que otro hombre se haga cargo de ella.

—Es posible que yo sea un tipo protector, pero no hago ese tipo de cosas —insistió él.

—No, no las haces, pero a veces eres demasiado controlador, ¿no crees? —La mirada de su hijo le desafiaba a rebatir su afirmación.

Él se limitó a apretar los dientes.

—¿No recuerdas que Kata y yo tuvimos problemas por algo similar? Mi esposa tenía miedo a perder su identidad porque al parecer puedo llegar a ser un poco *agobiante*. —Hunter se encogió de hombros.

—¿Solo un poco? —ironizó él con una sonrisa burlona.

—Sí. Y te recuerdo que tú y yo estamos cortados por el mismo patrón.

No lo podía negar. Hunter era idéntico a él cuando tenía veinte años menos.

—Además, hay una diferencia importante —continuó su hijo—, Carlotta sí llegó a perder su identidad. Su miedo tiene una razón de ser. Fue realidad no hace mucho tiempo.

Caleb cerró el puño. Las palabras de Hunter explicaban a la perfección por qué Carlotta había huido de él, porque había cortado casi por completo cualquier contacto entre ellos. Después de que la besara contra la puerta de su casa, tras la segunda cita, solo se habían visto en cenas familiares o emergencias menores. Había intentado ser suave con ella, pero aquella mujer le volvía loco. Cuando sintió sus labios bajo los de él, tuvo que aferrarse a la mosquitera para no atraparla entre sus brazos y arrastrarla a la cama más cercana. Todavía recordaba la expresión de horror con que le

miró cuando se dio cuenta de que había arrancado la tela metálica protectora. Se había despedido de él murmurando buenas noches con rapidez y, tras meterse dentro de la casa, le había dado con la puerta en las narices. Después de eso, él había hecho todo lo que se le ocurrió para tranquilizarla, mandarle flores, llamarla...

No obtuvo respuesta alguna.

¿Eso había hecho que renunciara a ella? No. Pensó que era mejor hacer una retirada táctica. Aunque cada vez que la tenía cerca, era tan sutil como un vehículo anfibio de asalto. Por supuesto, haber pasado los últimos veinticuatro años prestando servicio en el Ejército de los Estados Unidos no había servido precisamente para que desarrollara el talento necesario para proceder con diplomacia.

—Lo sé —admitió—. Cuando estuvo en mi casa, justo después de su separación, daba un brinco cada vez que me acercaba a ella.

—Creo que te ha metido en la categoría de hombres abrumadores.

En efecto. Y no le estaba haciendo ningún bien al fingir ser diferente con el único fin de conquistarla. Por lo que tenía entendido, el tal Gordon también había usado la misma táctica para casarse con ella.

—Carlotta no está dándome muchas facilidades, pero no pienso rendirme. Aunque no tengo demasiada experiencia en todo eso de las citas. —Hizo una mueca—. La última

mujer con la que salí tenía cuarenta años, acababa de divorciarse y estaba preparada para meterse bajo las sábanas justo después de la cena.

—No digas nada más, papá. Es demasiada información para mí. —Hunter parecía un poco verde.

A él tampoco le resultaba fácil hablar de eso, pero los hechos eran los hechos. Había llegado a una edad en la que apreciaba en una mujer cualidades distintas a que estuviera dispuesta a ir a la cama. No era eso lo que él quería. Tener más de cincuenta años no suponía una sentencia de muerte para su libido... de eso nada, pero Carlotta significaba algo más.

La camarera, vestida con pantalones negros y sombrero de Santa Claus, dejó la cuenta con la vuelta sobre la mesa. Él le tendió a Hunter el platito con las monedas mientras los pensamientos sobre aquella hermosa mujer seguían asaltando su mente.

Le atraía su buen corazón. A lo largo de los últimos dos años, se había dado cuenta de que a ella le gustaba complacer a todos. Había ayudado a Kata a decorar el primer apartamento que compartió con Hunter, convirtiéndolo en un acogedor nidito para los recién casados. Los extraños a los que atendía en el hospital donde trabajaba como enfermera eran objeto de su compasión todos los días cuando compartía con ellos una sonrisa, una lágrima, un silencio. Había tratado a Hunter con un afecto maternal que su hijo no dis-

frutaba desde que su propia madre le abandonó, hacía ya casi quince años. Hunter, SEAL en la Armada, podía considerar que no era varonil admitir que le gustaba su suegra, pero cuando Carlotta cocinaba sus platos favoritos, su hijo se revolcaba como un gato panza arriba. Ella incluso había acogido bajo su ala al menor de sus hijos, Logan, con el que solía bromear cariñosamente. Se podía decir que prácticamente había adoptado a Tara, la mujer de Logan, y a Kimber, la tercera de sus hijos, cuando se enteró de que ambas muchachas habían crecido sin el cariño de una madre.

Pero con él, era parca en palabras, tartamudeaba y evitaba su mirada... Por no hablar de todos sus rubores. Sí, sin duda, él la ponía nerviosa.

—Bien. Yo tampoco quiero hablar de mi vida sexual contigo. Vayamos al grano, ¿cómo se te ocurre que puedo convencerla de que seré bueno para ella a pesar de mi testarudez?

Vio que Hunter vacilaba antes de sacar el móvil y mandar un mensaje de texto.

—Déjame pensar sobre ello. Quizá sea mejor que hable con Kata al respecto. Mientras tanto, le he enviado un mensaje a mi hermosa esposa y le he dicho que no regresen todavía. Quiero pedirte un favor. —Justo en ese momento sonó el móvil y Hunter leyó la respuesta a sus palabras—. ¡Genial! Tenemos cinco minutos más.

Él no estaba demasiado dispuesto a cambiar de tema, pero notó que Hunter parecía inquieto. Lo que fuera que le preocupaba era muy importante para él.

—Dispara.

—¿Recuerdas que estuve en casa a finales de mayo y regresé a principios de agosto?

—Vagamente. —Se encogió de hombros.

—Kata estaba embarazada de diez semanas y perdió al bebé.

Se quedó sin aire en los pulmones y se inclinó hacia delante, acercándose a su hijo. Luego frunció el ceño.

—Antes de que digas nada —continuó Hunter levantando una mano para acallarle—, debo decirte que ya lo sabía. Pero Kata quiso decírmelo a mí primero, en persona, y no conseguí antes un permiso. No supe nada hasta que ella me llamó desde el hospital. Prefirió que no lo supiera nadie, salvo su madre. Ya sabes cómo es Kata, no le gusta que le tengan lástima.

—¡Oh, joder! Lo siento mucho, hijo. —Le dio una suave palmada en el hombro; deseó haberlo sabido y ayudado. Kata tenía un carácter muy independiente que su hijo había aprendido a respetar; él debía hacer lo mismo.

—No voy a mentirte, han sido tres meses muy duros. He pasado por todos los estados de ánimo imaginables y, sobre todo, me he visto obligado a enfrentarme a una situación que he estado posponiendo demasiado tiempo. —Hunter

suspiró profundamente—. No puedo seguir prestando servicio activo.

—Es difícil una vez que se superan los treinta, eso está claro.

—Sí. Kata quiere tener hijos ya. Siempre le he dicho que prefería esperar hasta que dejara la Armada. No quería...

Parecía como si su hijo estuviera buscando una manera diplomática de decírselo, así que le ahorró la molestia.

—¿...pasar por lo que pasamos tu madre y yo?

—Exacto. Ella tuvo que criar a tres niños sola. Siempre estaba enfadada y deprimida. Sé que otras mujeres se hubieran enfrentado a ello de otra manera, pero yo no quiero correr el riesgo de que Kata se vea abocada a una situación en la que podría ser infeliz. Cuando mamá no lo soportó más y se fue, la odié por ello.

Su hijo había hecho hincapié en algunos de los problemas, pero Amanda y él habían tenido muchos más. Uno había sido su autoritarismo. Protegerla fue la manera en la que él le mostró su afecto. Bueno, eso y llevarla a la cama. Amanda hubiera necesitado a alguien más suave, menos brusco con ella. Él no soportaba sus lágrimas y la despreciaba por no luchar por la vida que quería.

Se frotó el pelo cortado al uno. Ahora era más canoso que rubio. ¿No se suponía que las canas traían aparejada sabiduría? Pues no a él, porque no sabía qué demonios decirle a su hijo.